



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

EN LA LOCALIDAD, UN TRIMESTRE..... 1'50 PESETAS  
FUERA DE ELLA..... 1'75 id.  
NÚMERO SUÉLTOS, 10 CENTIMOS. ATRASADO, 25.

Pago adelantado.

Inserciones, anuncios, reclamos y comunicados  
a precios convencionales.

Redacción, Domingo Ramos núm. 14, principal  
donde se dirigirá toda la correspondencia literaria.

La administrativa, anuncios y reclamos,  
al administrador Ramiro Jiménez,  
PLAZUELA DE SAN MIGUEL, 1, IMPRENTA.

No se devuelven los originales que se nos remitan, aun cuando  
no se publiquen, ni se admiten sin la firma de sus autores, siendo  
éstos responsables de ellos.

# La Opinión

SEMANARIO INDEPENDIENTE

AÑO IV.

Trujillo, Jueves 16 de Marzo de 1911

NÚMERO 168.

## Unamuno y Trujillo

Complaciendo el interés de muchos de nuestros suscriptores que desearan conocer el artículo «Trujillo», a que nos referíamos en el número anterior, a continuación le insertamos íntegro.

Nada tenemos que agregar a lo anticipado en el último número dejando por tanto que nuestros lectores juzquen las impresiones de visita a este pueblo, del ilustre Rector de la Universidad de Salamanca.

### TRUJILLO

Tres días de vacaciones, el último de Octubre y los dos primeros de Noviembre. La cosa está clara; a huir de la ciudad y de sus cuidados, a respirar aire de campo libre, a correr tierras, villas y lugares. Y me fui primero a Béjar, la ciudad industrial, a la que voy regularmente, por lo menos una vez cada año, y en ella refresco mi vista reposándola en la pureza de la nieve de la sierra. En aquellas alturas de silencio y libertad, protegidas ahora por el manto de la nieve, pasé una noche inolvidable. Y Béjar todo está ya para mi poblado de recuerdos; he dejado en él ya muchas horas de mi vida.

Desde Béjar bajamos a Extremadura, en busca de mejor temple de aire. El día desaparece, anchos nubarrones y a ratos llovizna fría. Devoraba el auto la carretera, por entre frondosos castaños, a la vista de la enhiesta sierra nevada. Se abrió ante nuestros ojos la serena extensión de Extremadura, la tierra de las dehesas, de los vastos encinares, de las majada y de los rodeos.

Entre peñascos revestidos de verdura, mirándose en el Jerte, alza Plasencia las moles de sus antiguos castillos y en el centro la fábrica de su inconclusa catedral. La rodeamos, siguiendo la ronda de su carretera, dejándola en su secular siesda sólo interrumpida de tiempo en tiempo por las intestinas disensiones de su belicoso cabildo, luchas de canónigos que pueden en comoción al pueblo entero. Y alguna vez un proceso célebre como aquel del muerto resucitado que dio pábulo largo tiempo a estas imaginaciones enmohecidas. Si no hay muerto resucitado, ni batalla de canónigos, ni eclipse, ¿qué van a hacer? Jurgarse el dinero, que es su manera de matar el tiempo y la vida.

Allá quedó Plasencia, entre sus verdes riscos, y nosotros cruzando dehesas. Desfilaban a nuestro lado, solemnes encinares, henchidos de reposo, y de cuando en cuando los alcornoques despojados de su corcho nos mostraban su rojo tronco desnudo, como cuerpos desollados de sufridos San Bartolomé vegetales. Alguna vez el auto levantaba una bandada de perdices; otras tenía que frenar su marcha para que nos abriese paso un rebaño de ovejas. Y los pastores nos miraban pasar con los mismos ojos tranquilos, inasombrados, con que sus ovejas nos miraban. Probablemente pensarían unos y otros lo mismo de nosotros y de las maravillas de la mecánica. Son los mismos pastores a que dirigí su eterno discurso nuestro señor Don Quijote. ¿Y si hoy volviese Don Quijote en auto? ¿Cómo le recibirían?

La hostilidad de arrieros, carreteros y trajinantes al auto es evidente. Les obliga a ir desnudos por los caminos, a no dejarse dormir piertos por los caminos, a no dejarse dormir sobre sus carros, y unas de las peores ofensas que a un español puede hacerse es interrumpirle la siesta, obligarle a andar despierto por los caminos de la vida. Natural es, pues, que estos caminantes durmientes aborrezcan el auto.

Para ir de Plasencia a Trujillo hay que cruzar el río Tajo, y se le cruza por el puente llamado del Cardenal, junto a la confluencia del Tajo con el Alagón. Hermoso rincón de nuestra España este del Puente del Cardenal, y muy característico. Corre el Tajo por su abrupta hoz que unas veces se cierra en ríscosa cañada y otras se abre en apacibles vegas. Entre aquellos peñascos crecen las madroñeras que nos brindan su salvaje fruto, y las jaras que perfuman el ambiente. Muy cerca del puente atravesamos las Portilleras, unos enjertos peñones donde los buitres hacen nido, que dejan entre sí paso al cauce del río. Los buitres se ciernen solemnemente sobre las corrientes aguas. Y allí encima, encaramado entre tormos y riscos, se yergue la ermita de Monfray, nombre que el pueblo ha alterado en Monfray

Manfray. Estaba el antiguo castillo, las ruinas que de él quedan, envuelto en niebla. El Tajo se perdía a nuestra vista entre los recodos de las montañas que le hacen lecho, de esas montañas en que se resuelve al romperse por la acción secular de las aguas, la meseta castellana.

Un río es algo que tiene una fuerte y marcada personalidad, es algo con fisonomía y vida propias. Uno de mis más vivos deseos es el de seguir el curso de nuestros grandes ríos, el Duero, el Miño, el Tajo, el Guadiana, el Guadalquivir, el Ebro. Se les siente vivir. Cogerlos desde su más tierna infancia, desde su cuna, desde la fuente de su más largo brazo, y seguirlos por caídas y rompientes, por angosturas y hoces, por vegas y ribeiras. La vena de agua es para ellos algo así como la conciencia para nosotros, unas veces agitada y espumosa, otras alojada de cieno, turbia y opaca, otras cristalina y clara, rumorosa a trechos. El agua, en efecto, la conciencia del paisaje; en el agua, cuando queda quieta y serena, se reflejan los árboles y las rocas, en el agua se ven como en espejo, en el agua se desdoblán, adquieren reflexión de sí; el agua es, repito, la conciencia del paisaje. Donde hay agua parte el paisaje vivo. Y el agua del río es conciencia viviente, conciencia movediza.

Hay algo que mejor simbolice la vida de un hombre que la de un río, desde que brotando de una fuente entre montañas va a morir en otro río o en el mar?

«Nuestras vidas son los ríos que van a dar en el mar, que es morir» como cantó Jorge Manrique en sus inmortales coplas.

Tiene el río su infancia, su adolescencia, su madurez, su vejez y su muerte; tiene sus horas de angustia y de tormenta, sus horas de descanso, sus horas de desfallecimiento. Yo que he visto al Tajo cuando próximo a morir ensancha enormemente su pecho, allá en Lisboa, para recibir en él las aguas en que va a confundirse, para llenarse de mar antes de en el mar perderse, le veo aquí abrirse, paso valientemente, luchando a brazo partido, rompiendo peñascos, por entre las Portilleras. ¡Bravo luchador! Bien merece aquella su angustia y majestuosa muerte; aquella su imperial desembarcadura de Lisboa. Y qué llena de enseñanzas esta vida tormentosa y brava, de recio luchador, desde que pasa al pie de la imperial Toledo y se abaja después bajo las horcas caudinas del majestuoso puente romano de Alcántara, una de las mayores hermosuras que en España pueden verse—y entra en Portugal a morir rindiendo sus fatigadas aguas al Atlántico!

Dejando a la espalda el Tajo fuimos a dormir a una finca en medio del campo, entre las encinas. Uno de esos sueños como sólo en el campo, en lo fondo del silencio, cabe gozarlos. El sol entró a despertarme a la cama. Y a la tarde emprendimos nuestra marcha a Trujillo.

Trujillo, la cuna de los Pizarros, la patria de los conquistadores. Fue ésta bravía y regia Extremadura la que más nutrió con sus hijos las filas de aquellos legendarios aventureros que desde el fondo de estas sierras y estos campos, sin haber nunca visto el mar, que cae lejos de aquí, se lanzaron a cruzar el mar para ir a la conquista del Eldorado, sedientos de oro y de aventuras. El que no conozca algo de estas gentes, apáticas al parecer, violentas y apasionadas en el fondo, mal puede explicarse aquella nuestra epopeya.

Se ha llamado a los extremeños los indios de España, aludiendo a su braveza. Y bravos y extremos son, en efecto. La braveza que los Pizarros mostraron en las armas mostró Donoso Cortés en la oratoria, y en la poesía Espronceda. He llegado a suponer que el paludismo, azote de esta tierra extremeña, es el que ha modelado el carácter de estas gentes. Les ha hecho irritables a la vez que apáticos; pasan de la inacción de la modorra a una actividad febril, siendo poco capaces de la acción sostenida y lenta. Los veranos son terribles, en esta región. El que quiera formarse idea de ello lea en el libro portugués *A Equina*, de Píhalo d'Ameida, aquella portentosa descripción de la siega en el Alemejo—que corresponde en Portugal a nuestra Extremadura—, aquel trozo que es de lo más fuerte, de lo más robusto, de lo más trágicamente sugestivo que se haya escrito en la Península y fuera de ella. Se titula *A ceifa*. Aquello os dará idea de lo que es inferno del verano extremeño sea.

Dimos vista a Trujillo. La masa de sus torres y sus ruinas se recortaba sobre el cielo, entre las lloviznas. Entre esas torres, la que dicen levantó o hizo levantar Julio César, pues la más corriente etimología de Trujillo, el antiguo *Turgellum*, es la que le supone derivar de *Turrus Julii*, Torre de Julio, etimología ciertamente muy discutible. Pero, en los pueblos, una de las cosas indiscutibles son las etimolo-

gías que vienen refrendadas por antiguos historiadores y eruditos, que de esto de etimologizar sabían bien poco, y autorizadas por los eruditos locales. El arqueólogo local—y apenas hay villa y ciudad que no le tenga—es uno de los sujetos más ajenos y más dignos de ser conocidos. No me enteré si le había en Trujillo, aunque no puede faltar en él. Ciertamente es cuando no me sobran tiempo y humor huyo de tales arqueólogos.

Sin arqueólogo alguno ni más cicerone que un chiquillo cualquiera que topáramos al azar de las calles, emprendimos nuestra visita.

Es Trujillo una ciudad abierta, clara, confortable, regularmente bien urbanizada, apacible y que da una cierta sensación de bienestar de hidalgo campesino. Su plaza ofrece un hermoso punto de vista; casas señoriales, con sus escudos historiados, y entre ellas la que fundaron los marqueses de la Conquista, los descendientes de Gonzalo Pizarro, y torres de iglesias en derredor.

Subimos a visitar la iglesia mayor, la más antigua—no mucho—y de allí nos llevó un chiquillo a las ruinas de un antiguo convento. Por unos infectos pasadizos, sobre un piso de pedruscos, nos condujo, por entre escumbreras, a las ruinas de un antiguo claustro. Allí, bajo las ruinas arcadas, en un rincón, seis hombres se acurrucaban en el suelo en corro. ¿Qué hacen esos hombres ahí?, le pregunté al chiquillo que nos guiaba, y me respondió: «jugar al cané». Nos asomamos luego al saliente, sobre las ruinas de la antigua muralla, y por allá fuera, junto a la muralla, rearguardándose algunos de la llovizna con paraguas, otros seis u ocho hombres se acurrucaban en corro. ¿Y aquellos otros?; y me respondió: «aquellos», pues jugar también al cané.

Como de la casa natal de Pizarro, si es que se sabe dónde naciera, no quedan ya sino informes ruinas, fumos, pasando al pie de unos peñascos revestidos de chumberas, o nopales—lo que me recordó a Méjico, y Hernán Cortés, otro extremeño— a ver el casino. El casino es lo que hay que ver en estas ciudades y villas extremeñas; el casino es un verdadero hogar colectivo, en el casino es donde se les conoce. El extremeño de los pueblos es, sobre todo, casinero. No se concibe lugar extremeño sin su casino, adonde concurren los señoritos de estos pueblos, señoritos ociosos.

En el casino nos mostraron primero la biblioteca, una biblioteca pobrísima, cuyo catálogo podría haber de memoria después de no haberle echado sino un vistazo. El inevitable Diccionario Enciclopédico, que sirve para dirimir las cuestiones con apuestas; la colección de Autores Españoles de Rivadeneyra; y los volúmenes de dos o tres de esas llamadas *bibliotecas*, generalmente ilustradas, que se publican en Barcelona; volúmenes que tal o cual ilustración da de regalo a sus suscriptores. Es decir, libros que no hay que escoger, pues se los dan a uno escogidos; basta decir: «veníame los tomos todos que vayan publicados de la biblioteca o colección tal o cual». En resolución, la biblioteca del casino de Trujillo es la típica biblioteca que no se forma para lectores, sino para visitantes, para que no se diga que en el casino principal de esta población no hay una biblioteca, para que no se nos tenga por incultos. Y sobre la mesa lo único que se lee algo: periódicos diarios y la indispensable *Ilustración Española y Americana*, para ver los santos. En la tal biblioteca no encontramos ni un alma; estaba completamente vacía.

Lleváronnos luego a ver el salón de baile, y para ello tuvimos que atravesar la sala de juego. Estaba llena. Casi todos los socios que a aquellas horas había en el casino se agrupaban en torno del tapete verde. Todos los que faltaban en la biblioteca sobaban aquí. Y recordé los dos grupos del cané.

El juego es el terrible azote de estos lugares, villas y ciudades de Extremadura; jugar a juegos de azar es la ocupación principal de los hacendados de Trujillo. Y esta pasión del juego, terriblemente absorbente en los extremeños, nos explica en gran parte la epopeya de la conquista. El Perú fue el gran tapete verde en que echaron sus cartas, sangrientas cartas, los Pizarros. El empuje que lanzó a aquellos aventureros a las Indias Occidentales fue el empuje mismo que hoy lleva a sus descendientes a agruparse en torno al tapete verde. Es el ansia de enriquecerse sin trabajo, sin trabajo regular, constante, metódico, aunque haya para ello que pasar hartos trabajos; es el amor no sólo al lucro, sino a la aventura, a la emoción, violenta, a las impresiones que el azar nos procura. ¿Quién puede negar que en el alma de aquellos conquistadores, así como en la de estos jugadores, no hay algo más que la sed de oro, que el afán de lucro? Si, hay también en ellos el amor a la aventura, a lo imprevisible, al azar. Cabe decir que más bien que ser para éstos el juego un

medio de ganar dinero, es el dinero un medio de jugar. «El dinero se hizo para jugarlo»; he aquí una máxima extremeña.

¿Y por qué, me he preguntado mil veces, buscan en el juego de azar la natural pasión de la aventura, de la emoción fuerte, de la expectativa, el instante de lo imprevisible, que no es, en el fondo, sino el amor a la libertad? En el juego se busca salir de la monotonía lógica y rutinaria de la vida, en el juego se busca satisfacer la imaginación. ¿Y por qué en el juego y no en el arte o en la ciencia o en la política o en la acción social? Pues por pobreza de imaginación.

«The Schopenhauer quien dijo que los tontos, no teniendo ideas que cambiar, inventaron unos cartoncitos estampados para cambiarlos, y que de aquí se originó el juego de naipes. Lo indudable es que el jugador lo es por una mezcla de pasión del azar unido a una gran pobreza imaginativa. Es esta pobreza la que le hace supersticioso. El jugador, por muy diestro que en su oficio de jugar sea, suele ser un hombre pobre de imaginación. Y es pobreza de imaginación, es achatamiento mental, es plétora de sentido común, y de más común, es decir, del más sanchopancesco, lo que arrastra a jugar a estas gentes. Les falta sutileza y finura intelectuales. No discurren mal en las cosas de la vida práctica, pero discurren con un criterio rastrero, bajo, materialista, groseramente utilitario o egoístamente pasional. No busquéis idealidad en estas tierras de jugadores.»

Lo de la imaginación meridional es una de las mayores vulgaridades erróneas que se propagan. Llamen imaginación a la facundia, a cierta viveza externa de expresión. El andaluz sabe administrar su ingenio, por escaso que éste sea; lleva su dinero todo en perras sueltas, en monedas de cinco céntimos, por que así abulta y suena más en el bolsillo. Circulan por Andalucía cien mil, diez mil o un millón de chascarrillos, dicharachos y chistes y quién más, quién menos; se saben una buena parte de ellos y colocalos a tiempo. Pero si el caudal se acrecienta con uno más, tened por cierto que se lo llevarán de fuerza del norte. Los escritores meridionales son de los que han parido menos metaforas nuevas, aunque combinen con soltura las del común acervo, de los menos fecundos en paradosos, de los menos imaginativos, en fin.

El extremeño es aún más materialista, más pegado al suelo, más de la tierra que el andaluz. En esta parte más idealismo verdadero, envuelto en palabrería sendo idealista, por supuesto que en aquel Estudiad bien a Donoso Cortés y veréis cuán vacía es su pompa toda, cuán de aporte y de tradición son sus metaforas y sus epifonemas, cuán poco original, cuán poco imaginativo era. Su don era un don verbal.

«X es esta pobreza de imaginación, es este materialismo, es el predominio de la vida fisiológica, es su falta de idealidad—todo lo cual se compensa bien con una cierta dosis, a las veces elevada, de inteligencia práctica para la vida inmediata y el manejo de los intereses—, es todo eso lo que les lleva al juego. Es, digámoslo con su palabra, retardado en la civilización, cuyos más altos ideales son aquí incomprensibles.»

Emprendimos el retorno dejando allí, entre sus dehesas, entregado a la modorra, y al juego, a este hermoso pueblo de Trujillo, digno de tener otra alma.

¿Cambiará esta hermosa tierra extremeña? ¿Sabrán sus hijos sacudirse el paludismo epiritual, cien veces más dañino que el del cuerpo, esa ciega y loca y embrutecedora pasión del juego, y elevarse a otro nivel de vida? ¿Alberará al fin en estos espléndidos campos la verdadera civilización que avanza sin cesar en casi todo el resto de España?

Salamanca, Noviembre de 1909.

(Del libro: *Por tierras de Portugal y de España*, recientemente publicado)

## PASIONAL

A TÍ.  
Te quiero con un egoísmo salvaje:  
bellamente humano.

Y es que puse en tí mis ansias de amor, de locura, de martirio en unas dulces redes. Tú eres para mí el fin, el medio, la vida, el mundo; todo. Tu recuerdo me alienta en estas horas lastimeras en que dudo del presente y no deseo el porvenir. Y la nostalgia mágica de tus ojos, y el encanto hechicero de tu figura graciosa, entrevista en sofocados de qui-

meras, traen a mi mente vientos perfumados de ideal, de paz, de gloria...

Yo te ofrendaria a ti en estas mañanas luminosas frente al abismo insondable donde murmura su eterno canto el río poético y sinuoso, mientras los pájaros desgranaban gozosos el triunfo musical de sus gorjeos sobre la llanura tendida allá al fondo como manto policromo de tintas esmeralda, negras, rojas, azules, blancas... en vistosa confusión de colores, que el sol besa con su pureza de siglos; yo te ofrendaria, princesita delicada, la esencia de mi querer en una mirada profunda y suplicante; yo te diría al oído el arrullo de mi pasión, aquí, ante el marco grandioso de la Naturaleza, que magnificaría la escena.

Pero, ¿dónde estás? ¿Qué fué de ti y del ensueño, de estas mañanas de maravilla? ¿Por qué no te veo como antes de la fatal partida?

Ya mis ojos han interrogado al horizonte desde este balcón excelso de la Alameda, por aquel lado traidor que ostenta la majestuosa altivez de sus montañas, cual si pretendiera poner un reto a mis afanes... Ya te veo; flotas en el paisaje, imprecisa y etérea, contorneada por los celajes de la aurora.

Escarbando en las emociones y en los pensamientos míos, he sabido encontrar la poesía de tu recuerdo, aislándola del contacto más leve con las cosas exteriores, vulgares e inartísticas.

Es a manera de un mundo dorado que yo habitase...

Todas las mañanas quisiera ser el sol un momento, para saludarte y nimbar tu cabeza de hilillos de plata...

Todas las noches envidio a la luna que acariciará con su mortecina incandescencia, en jugueteos de capricho, tu rostro saleroso y tu cuerpo bonito...

QUINGARÁN

## Aurelio TORREMOCHA

Dentista

Plaza de Ruiz de Mendoza, 1.

TRUJILLO

Consulta: De 10 a 1 y de 3 a 6.  
Especial para pobres: Todos los días, de 8 a 10 de la mañana.

## Un jilguero y una flor

A orillas de un arroyuelo una tarde me senté para gozar contemplando sus limpias aguas correr.

De pronto, leve ruido a mi derecha escuché; era que una blanca flor de extremada pequeñez lanzaba tristes gemidos.

Hacia la flor me acerqué, y entonces vi junto a ella jilguero, no muy novel, observando a la quitada con malicioso interés.

Ella, lloraba y decía: «Siendo tan bella ¿por qué no he de lucir mi corola en un extenso vergel?»

«Nadie se acuerda de mí; nadie mis encantos ve; en vano, en vano publico doliente mi padecer: ninguno escucha mi acento: sola estoy, sola estaré.»

«Sola, triste, abandonada a la luz abríame ayer, y mañana triste y sola en mi tallo moriré, si es que primero no viene algún desdichado ser y sin mirarme siquiera me destroza con su pie.»

«Pues yo, —dijo el pajarillo, con indecible placer, —soy feliz, vivo cantando y cruzo con rapidez los montes y las llanuras; y jamás, jamás hallé quien me diga: —Jilguerillo, en rando vuelo detén.»

«Soy libre, sureo el espacio

»y alegre vuelvo otra vez al nido que por instantes abandonado dejé.  
»Vuelo entre blancos rosales, »poso en el rojo clavel »y entono mis dulces trinos »en el hermoso laurel.  
»Todos los seres me admiran; »todos los seres me ven »con airosa ligereza »los espacios recorrer »y exclaman, llenos de envidia: »¡quién volara como él!»  
—Pajarillo, de tu dicha envidia tengo también.  
—Mira, si ser libre quieres »yo libertad te daré.  
—Anhele igualarme a ti; »No más, no más estrechez! »quiero mundo, quiero esferas »inmensas que recorrer; »quiero lucir mis hechizos; »quiero humillar la altivez de esas vanidosas flores »que solas pretenden ser!»  
—Ven conmigo y por el éter

»gozoso te llevaré; »y eternamente volando siempre verás a tus pies »todas las flores del mundo sirviéndote de escabel.  
»¡Volemos, volemos juntos, »linda florecilla ven!»  
Y el pajarillo ligero tronchó con gozo cruel su tallo y luego con ella rápidamente se fué a posarse alegremente en las ramas de un ciprés; y dejándolos, el agua volvió a mirar otra vez.  
En su rizado cristal, al poco tiempo, miré débil sombra que giraba con bullicioso vaivén; alcé anhelante la vista y en el espacio encontré una blanca mariposa casi rozando mi sien.  
Fui a cogerla y huyó; ¡Volaba! pero después incautamente acercóse al corpulento ciprés donde estaba el pajarillo que al verla, con avidez, soltó la flor y batiendo las alas, libre se ve en el anchuroso espacio revolando a su placer.

Pajarillo y mariposa, lejos, muy lejos se ven: la mariposa escapando, él, queriéndola prender.  
Entonces la florecilla proflijamente busqué; mas ¡ay! que triste y marchita su fresca y cándida tez, entre la menuda yerva deshojada la encontré; y, cosa extraña, la flor vino, infeliz, a caer junto al lozano follaje, de donde alegre se fué.  
Al inconstante jilguero un largo rato esperé; mas la voluble avecilla huyó para no volver.  
En tanto las blancas hojas agitándose a merced de la juguetona brisa aquí y acullá se ven: rodando en el duro suelo.  
¡Oh desengaño cruel! la que dejé tronchar por no parecerle bien la esfera donde nació henchida de candidez hasta del aura recibe el más profundo desdén: ahora quisiera la triste sobre su tallo volver, pero es tarde: sufre y calla, y muere tragando hiel.  
¡Ay de la marchita flor! ¡Y ay, de la infeliz mujer que ilusionada desoye la noble voz del deber! que las ilusiones son como el pajarillo infiel: se van, se van cuando logran burlar su indiscreta fel!

R. B. M.

## Cuento de amor

A una sultana.

—Zagal, ¿conoces el amor?

—Gocelo mucho, princesita bella.

—¿No sufriste con él?

—Nunca ocasionó el amor un sufrimiento en mi corazón ni una duda en mi frente... ¡El amor de la montaña no es como el amor de la ciudad!

—¿Amaste mucho, zagal?

—Toda mi vida. Yo amo con delirio los barrancos de mi sierra, los valles y sus flores, los ríos y sus músicas divinas, los bosques y sus canciones misteriosas, el cielo y sus luces de oro. Yo amo con frenesí los pajarillos que picotean las frutas y las mariposas que liban cálices, el vienteccillo que mece frondas y el huracán que desgaja la arboleda. Yo amo con locura el sol que quema las mieses y el agua que refresca la tierra.

Yo amo al anciano y al niño, a la primera hebra de luz que se dibuja en Oriente y a la última llamada de colores que se incendia en Occidente. Yo amo con amor infinito, con amor supremo... como no sabéis amar en la ciudad. Y amo a mi zagala y para ella es toda mi vida y toda mi alma porque mi zagala es mi alma y mi vida.

—Tú eres el amor, zagal.

—Soy el amor, princesita.

—Un día llegó a mi castillo aquel hermoso trovador y sus canciones bellas llenaron de alegría la fortaleza de piedra. Fué como el rayo de sol que rasgando la yedra que cubre los ventanales se entró y nos besó en la frente. Fué una carcajada de juventud que resonó en el pórtico sombrío y voló hasta las cornisas donde los ruiseñores melodiaban aquel cantar triste como una saeta... El trovador enseñaba a amar. Su canción era dulce y acariciaba como la voz de un arcángel. ¿Te acuerdas, zagal?

—Fué como el rayo de luna que rasgando las ramas de un ciprés besó una cruz. Fué una risotada de Pierrot que resonó en el pórtico sombrío y botó hasta las cornisas donde los ruiseñores melodiaban aquel cantar triste como una saeta... El trovador enseñaba a mentir y a engañar. Su canción era la canción de la ciudad, dulce y acariciadora como la voz del Diablo. Llenó un día de alegría tu castillo, pero huyó... y el castillo quedó triste, muy triste, sombriamente triste...

—¿Te acuerdas, princesita?

—Ingrato fué el trovador, zagal.

—Se llevó tu corazón y ahora lloras aquel ensueño de oro que duró lo que duraban en el aire aquellas bellas canciones acariciadoras y dulces.  
—¡Ya no volveré a amar!

—¡Si, amarás! Pero amarás con este amor puro y sencillo de la montaña, con este amor sublime que tanto se diferencia del amor de la ciudad, de vuestro amor, de ese maldito amor que cantaba el hermoso trovador. ¡Si, amarás! Pero amarás con este mi amor que embriaga y seduce, con este mi amor divino, con este mi amor supremo. ¡Si, amarás, princesita bella.

—¡Así comenzó el trovador su cuento de amor! ¡Qué bello! Cuenta, cuenta zagal, cuenta que ya te escucho como se escucha a un Dios, cuenta aquella divina narración que el trovador dejó comenzada... ¿cómo termina?

—¡Así!

Y los labios rojos del zagal se apretaron con delirio sobre la boca coralina de la princesita, en un beso largo, ardiente, que resonó como una carcajada de juventud en aquella soberbia montaña del amor.

ENRIQUE.

## Las elecciones provinciales

Durante la semana anterior se notó bastante, en nuestra ciudad, el movimiento electoral, decayendo por completo la desanimación en la noche del sábado, al repartirse el manifiesto que a los electores del distrito de Trujillo-Montánchez dirigió el candidato conservador don Luis Grande Baudesson, haciendo saber a los mismos la causa a que obedecía el retirar su candidatura, que no era otra, según expresaba, que el no haberle prestado su apoyo, y muy principalmente en Montánchez, su compañero de candidatura don Maximiliano Gómez Lozano.

El domingo transcurrió sin ocurrir incidente digno de mención, y el resultado total de la votación, en las seis secciones en que está dividido el censo electoral de esta ciudad, fué el siguiente:

Don Emilio Herrero,	liberal	1.421 votos
Don Filiberto Iñiguez,	id.	1.413 id.
Don Teodoro Dueñas,	id.	1.407 id.
Don Maximiliano Gómez,	conservador	318 id.

Además obtuvieron don Rodrigo Soriano, 8 votos; Francisco Diz, 6; don Luis Grande Baudesson, 3; don Luis Pérez Aloc, 2; Constantino Solís, 2; y Joaquín Cuadrado Ortiz, 1. Total de votos emitidos, 4.581.

En cuanto a los datos generales que hasta el martes se conocían respecto a la provincia, publicamos los que insertaba *El Noticiero*, de Cáceres, llegado

ayer miércoles y que son los siguientes: «Continúan incompletos los datos de la lucha electoral, pero por los recibidos, que no pueden ya sufrir gran alteración por los pocos que faltan, resulta un verdadero triunfo para la candidatura liberal.

En Trujillo salió completa ocupando el cuarto lugar el conservador.

En Navalmoral no logró puesto alguno ninguno de los candidatos conservadores saliendo para los cuatro lugares los cuatro liberales.

En Hervás-Hoyos va delante también la candidatura liberal y el triunfo es ya indiscutible, pues los pocos datos que faltan no pueden alterar el resultado.»

## LA VIDA

Para el que nada siente,  
Pura, tranquila, mágica y riente  
Cual soplo de cristal es esta vida.

Tristeza, luto, llanto que le aqueja  
Es para aquel que devorando vive  
De su prisión la reja.

J. DONAIRE BERMUDO.

Animas Marzo 1911.

## De Sociedad

—Han dado a luz, con toda felicidad, una niña y un niño, respectivamente, las distinguidas esposas de don Manuel Artañoytia (hijo) y la de don Enrique Elías.

—El 10 del corriente falleció, a los 79 años de edad, la señora doña Elena Sánchez del Pozo Palomar, viuda de don Alvaro Sánchez del Pozo. Tanto a sus sobrinos doña Araceli Pérez y don Enrique Cortés y demás familia, enviamos la expresión de nuestro pesar.

—Ha llegado de Don Benito, nuestro amigo don Julio Cámara con su joven esposa.

—Se encuentran en ésta por una temporada, los jóvenes recién casados, don Miguel Chaves y doña Josefa Sánchez.

## VENTAS Y ARRIENDOS

### Se vende:

Un coche de dos ruedas, con seis asientos, toldo y torno, muy poco usado, con caballo ó sin él. Informarán en la Redacción de este periódico.

La casa número 22, sita en la calle Tintoreros de esta ciudad. También se cede en arriendo. Para informes, dirijirse en Trujillo a don Ramón Cano, calle de Tiendas.

Mesas de billar. Se venden dos con sus accesorios. Para tratar, en el Casino de Trujillo.

Tartana. Se vendió una en buen uso, con guarniciones. Para informes, en la Administración ó imprenta de este periódico.

Una berlina usada y barata. Para informes, don Francisco Serrnao.

### Se arrienda:

Cabreril.—Pastos.—Carbón de brezo.

En la dehesa «Tesoritos ó Cuquillo», término de Deleitosa, se arrienda por año redondo, un magnífico cabreril con una gran majada de tinado y corral, chozo ó bújito de bóveda y de nueva construcción. Y en la misma finca y junto ó separadamente, se arrienda para el disfrute con ganado vacuno abundantes pastos y extensos abrevaderos.

Don Antonio García Bonilla admite proposiciones con arreglo al pliego de condiciones que se tendrá de manifiesto en Deleitosa y casa sita en la Plaza Mayor de dicho pueblo, ó en esta ciudad, Paso, 3. También vende dicho señor Bonilla carbón de brezo a 2 pesetas quintal, puesto en la Plaza Mayor del pueblo de Deleitosa.

Dehesa. Se arriendan desde el 29 de Septiembre próximo venidero, los pastos y fruto de bellota de la dehesa *Burdallo Grande* y sus agregados.

Para tratar, don Juan Sánchez Grande (Madroneña.)

Se arrienda ó vende una finca situada en el Campo de San Juan, compuesta de tinado, pajar, corralada y ejido, que linda con la carretera de Cáceres. Darán razon en la calle de Tiendas, número 6, principal.

Casa. Se vende ó alquila una en el barrio de la Piedad, con grandes cocheras y cuartos. Tiene puerta cochera.

Para informes, en la imprenta de este periódico.